

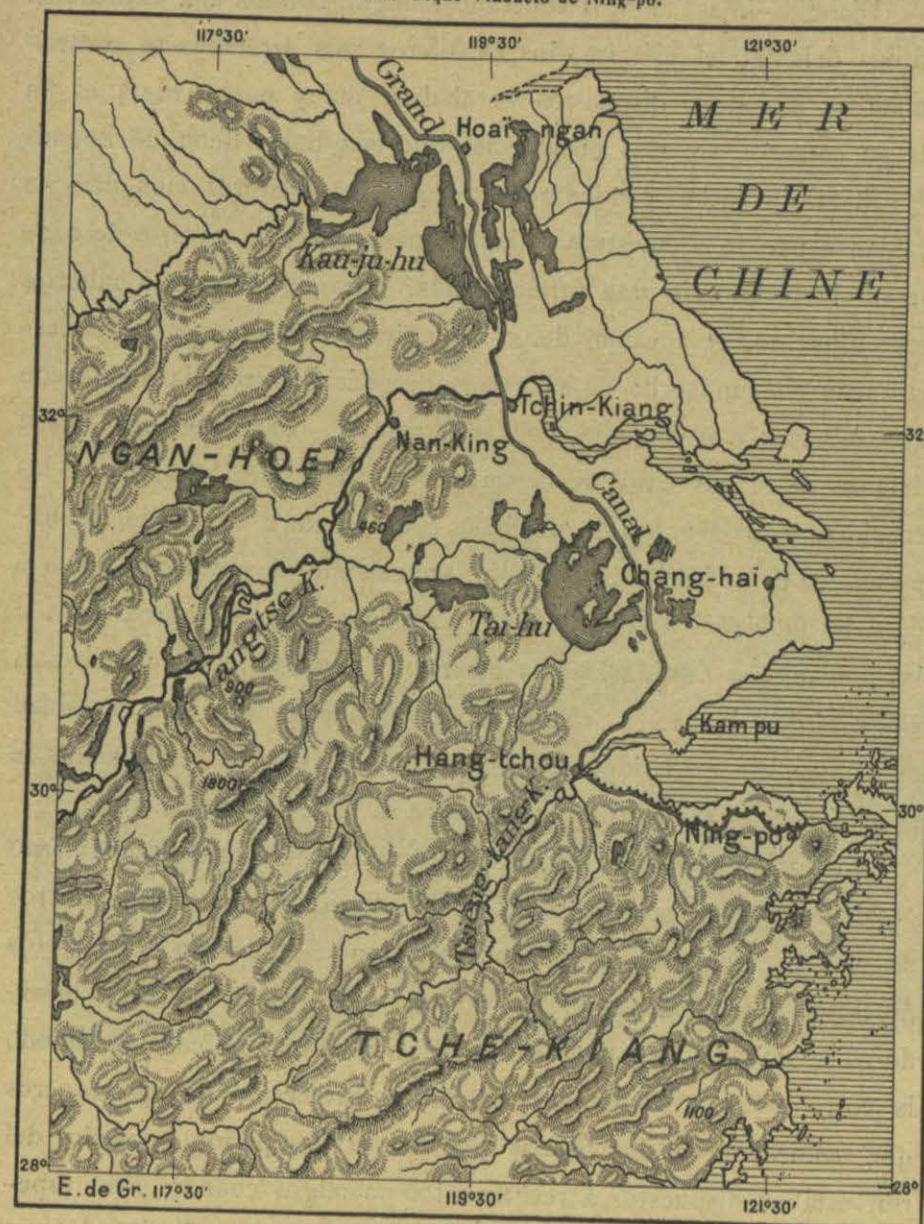
Del lado de China la invasión mongola tomó un carácter diferente del que tuvo hacia el Asia anterior y Europa. Fué menos bárbara, como si los asaltantes hubiesen conservado ante su vista la majestad del Imperio; los Germanos vacilaron más de una vez delante de Roma, hasta cuando estaba sin defensa. Además no ambicionaban los Mongoles imponer á los Chinos sus costumbres, su idioma y su civilización; sino, al contrario, alcanzar ó exceder á los «Hijos del Cielo» en la cultura confuciana, cuya absoluta superioridad reconocían; querían hacerse Chinos, y sus jefes, modelados según la etiqueta tradicional, se conformaron con todas las costumbres de la nación culta de que habían triunfado; únicamente habían aportado á ella más energía y originalidad. El famoso Kublai-khan, que reinó en China de 1260 á 1294, fué ciertamente uno de los emperadores que más se distinguieron por la iniciativa. Aunque éste no hubiera existido, habría un lugar preferente para los soberanos del Extremo Oriente, que, al acoger á los mercaderes venecianos de la familia de los Polí, establecieron las primeras relaciones directas de la China con la Europa occidental.

En cuanto á las marchas guerreras al oeste de su territorio natal, las hordas mongolas las practicaron de una manera horrible. Sus invasiones son, entre todos los acontecimientos referidos por la historia, las que más sangre han derramado y dejado tras de sí más vastas soledades. Por horribles, por monstruosas que hayan sido las luchas de las naciones en todos los países del mundo, antes y después del tiempo de las incursiones mongolas, no igualaron esa abominable matanza, esa devastación completa que recuerdan los nombres de Djenghis-khan y de Timur-lenk. Si «la paz no es más que un sueño hermoso», como ha dicho casi moribundo un estratégico moderno, como palabra testamentaria, forzoso será deducir que la realidad es la guerra, y en tal caso el apogeo de la humanidad estaría representado por el período de los exterminios mongoles.

Las condiciones del medio que permitieron á los Mongoles hacerse la nación conquistadora por excelencia no volverán á encontrarse, porque después de aquella época ha cambiado algo la superficie de la Tierra, y en mayor proporción, las poblaciones mismas. No hay duda que una extensa llanura fácil de recorrer

exceptuando el paso de anchos ríos, se desarrolla en nuestros días como entonces á través de una gran parte del Mundo Antiguo, desde la cadena ribereña del Pacífico hasta el Báltico y el mar del Norte;

N.º 351. Dique-Viaducto de Ning-po.



pero entonces los obstáculos puestos por los hombres en ese inmenso campo de carrera eran fáciles de rodear ó de reducir, y las poblaciones, muy separadas entre sí, carecían de número para agru-

parse en masas coherentes y resistir á ataques repentinos: se encontraban en condiciones análogas á la de aquellos aldeanos á quienes sorprenden las aguas de un río que se desborda ó á quienes amenaza el desprendimiento de las nieves desequilibradas.

Djenghis-khan, ú otro soberano mongol, lanzaba una expedición rápida delante del ejército, los caballeros más atrevidos se presentaban en multitud, dispuestos á cabalgar día y noche hasta el fin de su correría, sin más provisiones que una bolsa llena de koumis y galleta de leche condensada, porque los pastores mongoles no habían esperado á nuestros químicos para aprender el arte de conservar la leche bajo una forma sólida. Cuando llegaba á faltarles todo alimento, se apeaban del caballo, le abrían una vena, se restauraban con un sorbo de sangre y, después de cerrar la herida con una substancia astringente, volvían á montar. Cada guerrero llevaba delante de sí sus caballos de repuesto, hasta dieciocho, dicen las crónicas, y altas nubes de polvo se propagaban á través de las llanuras como un humo de incendio, anunciando, á veces con horas ó días de anticipación, el diluvio de hombres que se aproximaba á las poblaciones destinadas á la muerte. Detrás de esas vanguardias, el grueso de la nación, caminando á sus anchas, no tenía necesidad de convoy de provisiones; le bastaban sus rebaños ó al menos le permitían esperar la razia hecha sobre el ganado del enemigo.

Los anchos ríos no detenían á aquellos nómadas. En invierno pasaban sobre el hielo; en las otras estaciones construían cuadros de madera, que cubrían con cueros, donde colocaban los objetos preciosos, las armas y hasta las mujeres y los niños: aquellos bastidores se ataban á la cola de los caballos, y el convoy, contrarrestando la corriente, atravesaba el río, bajo la protección de los arqueros que, colocados en dos bandas por la parte superior é inferior del río, estaban dispuestos á rechazar los enemigos cuando éstos esperaban en la orilla opuesta; con frecuencia también elegían un pasaje en que, depositándoles la corriente sobre una punta de arena, podían formarse en orden de combate. Se refiere que los Mongoles capturaron muchas veces embarcaciones á nado, como lo hicieron después, durante la guerra de la Independencia sud-americana, los *Llaneros* de Venezuela, otros nómadas á quienes se vió un día atacar

y conquistar una flotilla española en pleno río Apur; verdad es que, según dice la leyenda, estaban acompañados de un escuadrón de héroes invisibles, *el escuadrón de las ánimas*.

La destreza de aquellos jinetes mongoles, que se movían con entera libertad en sus caballos como si con ellos formasen un solo cuerpo, les permitía atacar los enemigos siguiendo una táctica inusi-



De una fotografía de M. A. Ular.

PIRÁMIDES EN HONOR DE LAS DIVINIDADES MONGOLAS

Después de Lhasa, el convento más importante del Tibet.

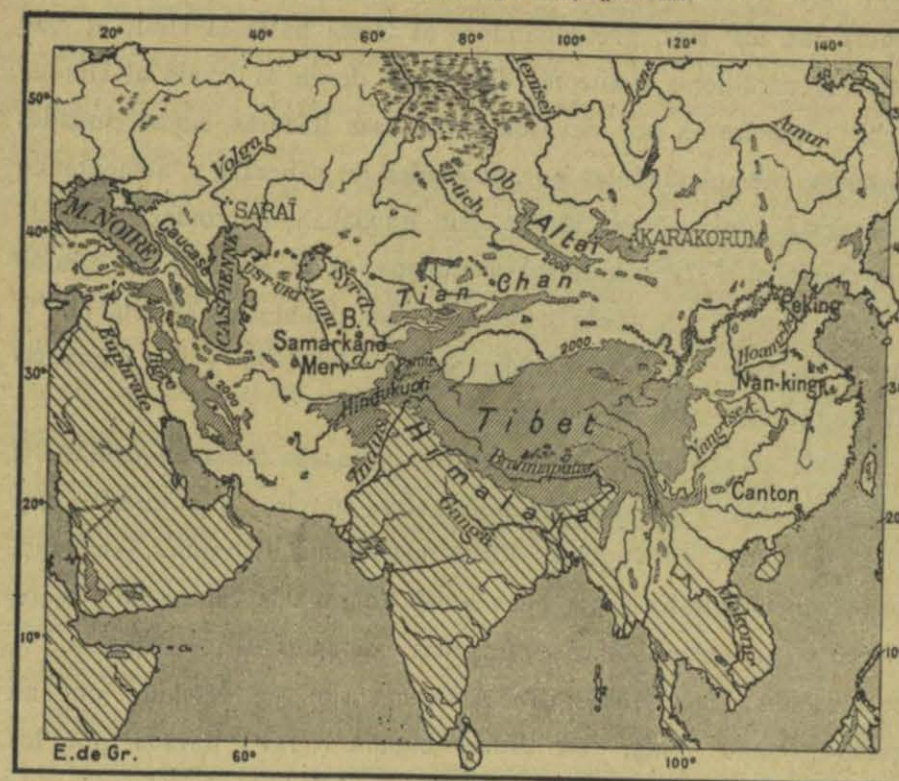
tada y temible para el adversario: si, llegando al trote de sus caballos, tropezaban con una masa de infantería sólidamente atrincherada, huían inmediatamente, al menos en apariencia, pero volviendo cara al enemigo y disparándoles sus flechas; si éste se aventuraba en su persecución, tomaban nuevamente la ofensiva, dirigián toda la masa de sus caballos sobre un punto débil de la multitud de sus

perseguidores y mataban á cuantos se aventuraban fuera del grueso del ejército. Rodeando sin cesar cerca del enemigo, acababan por fatigar su constancia y su atención por medio de fingidos ataques, hasta el momento que descubrían un punto favorable para forzar la entrada en el campo, y entonces continuaba el exterminio mientras quedaba un hombre en pie. En sus campañas inmolaban también todos los habitantes que encontraban á su paso. De esta manera no habían de temer que se les inquietase sobre su línea de retirada; aparte de que cuando querían volver á la estepa natal, procuraban atravesar otras comarcas donde hubieran todavía ciudades que saquear y rebaños de que apoderarse; á causa de su cohesión, los Mongoles podían presentarse en todos los países conquistables con la gran ventaja que da la fuerza del número. Sin duda su raza era numéricamente muy inferior á los pueblos cuyos territorios atravesaban, pero los residentes, impotentes para reunirse en fuerzas tan considerables, no solían resistir sino bajo la protección de sus murallas. Durante mucho tiempo pareció que el destino condujo á los Mongoles, que fascinaban á sus adversarios, quienes se dejaban asesinar.

Otra causa de las victorias mongolas provenía de la real superioridad de iniciativa que la práctica constante de la libertad había dado á aquellos nómadas: no eran soldados mercenarios ó reclutas reunidos en rebaños, como los siervos de Europa retirados del arado y de sus industrias, sino que iban libremente á la guerra y obedecían á jefes escogidos por ellos en las grandes asambleas de la estepa. El ejército se constituía por elección: los combatientes elegían sus decenarios, quienes á su vez nombraban sus centenarios, y así, por elecciones sucesivas, se nombraban los jefes de mil, de miriadas; por último, de elección en elección se remontaba hasta el Gran khan, al Señor de los señores, cuyo poder debía ser confirmado en vastas asambleas, en el *kouroultai*, donde toda la nación, á caballo y en armas, poseía voz deliberativa y decisiva. Evidentemente el ejercicio del poder absoluto modificó bien pronto ese estado de cosas, pero en principio, el Gran khan quedaba el elegido, como lo atestigua el *yassak* ó recopilación de costumbres formadas por Djenghis-khan. Ese código del imperio declaraba en

términos formales que el pueblo reunido tenía el derecho y el deber de destituir soberanos injustos. En los primeros tiempos de la dominación mongola, esas garantías constitucionales no eran vanas palabras. Aquellos señores, ante cuyo poder temblaba el mundo,

N.º 352. Imperio de los Hijos de Djenghis-khan.



1: 75 000 000

0 1000 2000 4000 Kil.

El rayado estrecho cubre los montes de más de 2,000 metros; el rayado ancho, el territorio que no invadieron los Mongoles. Es poco probable que el alto Norte notara la dominación del hijo de Djenghis-khan.

respetaban á sus súbditos y velaban por que se les hiciese justicia. Hasta los súbditos pertenecientes á una raza anteriormente enemiga eran tratados equitativamente por ellos. Se cita el ejemplo del emperador Ogotai, hijo de Djenghis-khan, que castigó con la muerte á un denunciador mongol por haber penetrado indebidamente en la tienda de un musulmán.

Los Mongoles, partidos de sus estepas al principio del siglo XIII, recogieron de camino aliados de toda procedencia, y quizá hasta su

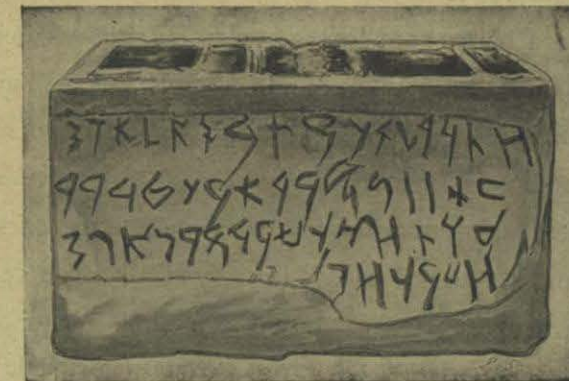
mismo gran jefe Temudjin, que fué elegido en 1206 como «Señor de los señores», el formidable Djenghis-khan, era de raza turca; pero todos los Mongoles no formaban con él más que un cuerpo y un alma. Su primer choque fué irresistible: saliendo de sus estepas natales por la amplia puerta de Dsungaria, abierta entre Altai y Tianchan, veían extenderse ante sí todo el vasto espacio, sin más obstáculos que los ríos, prolongándose al Oeste hasta el Ural, al Sud hasta las cordilleras limítrofes del Norte desde la Irania al Hindu-kuch. Comenzaron por devastar todas esas llanuras, cuyas ciudades arrasaron, reemplazándolas por pirámides de cabezas, y, aumentando sus fuerzas con las poblaciones que quedaban, continuaron su camino hacia el Asia meridional y Europa. Por ese lado el camino es fácil, gracias á la ancha «Puerta de los pueblos», abierta por la Naturaleza entre las cadenas divergentes del Ural y las montañas del Mogudchar, al norte del mar Caspio.

Desde el año 1224, Djenghis-khan avanzaba hasta las orillas del mar de Azov, y, derrotando todos los ejércitos que querían cerrarle el paso, subyugó la Rusia meridional. Después, en 1237, Batu-khan penetraba en la cuenca del Volga á la cabeza de 300,000 jinetes y, en menos de tres campañas, anonadó toda resistencia. A continuación atacó Hungría y Alemania sin ser detenido por un desastre, como Atila. La última batalla (1241) librada por los Mongoles, cerca de Liegnitz, en Silesia, fué una victoria sobre la caballería de la Europa oriental; sin embargo, ese triunfo, penosamente adquirido, detuvo la marcha directa de las hordas turanias hacia el Occidente: se desviaron hacia el Sud, luego, tras haber chocado, sin tomarla, con la ciudadela de Olmutz, destruyeron Buda (Ofen), la cual no tenía enfrente todavía á Pest, avanzaron hasta las inmediaciones de Viena, y, al otro lado de los Alpes, alcanzaron los campos adriáticos de la Dalmacia.

Si las devastaciones no continuaron por más tiempo, debióse á que los ejércitos de invasión fueron llamados á Mongolia para asistir al gran kouroultai causado por la muerte de Ogotai, el hijo de Djenghis. Kuyuk, todavía joven, fué elegido, con su madre como regente, pero siguiendo procedimientos electorales que atestiguan la evolución rápida verificada entre la democracia primitiva y la dinas-

tía absoluta. El voto fué unánime, acompañado de la declaración siguiente: «¡Hasta que no exista de tu raza más que un trozo de carne ó un poco de hierba frotada con tu grasa, no daremos á otra persona la dignidad de Khan!» El sello de Kuyuk tenía estas palabras, frecuentemente copiadas después: «Dios en el cielo y Kuyuk en la tierra». (D'Ohsson.)

A la mitad del siglo XIII, cuando el imperio mongol alcanzaba su mayor extensión, el país que habían hollado los cascos de los caballos tártaros comprendía un espacio desmesurado para sus propios dueños, que los conocimientos actuales permiten evaluar en veintiocho millones de kilómetros cuadrados, que es cerca de la mitad más que lo que posee en nuestros días el imperio británico con sus numerosas dependencias en todos los continentes y en todos los mares, ó



ESCRITURA ARAMENSE  
Mesa de libación hallada en Egipto.

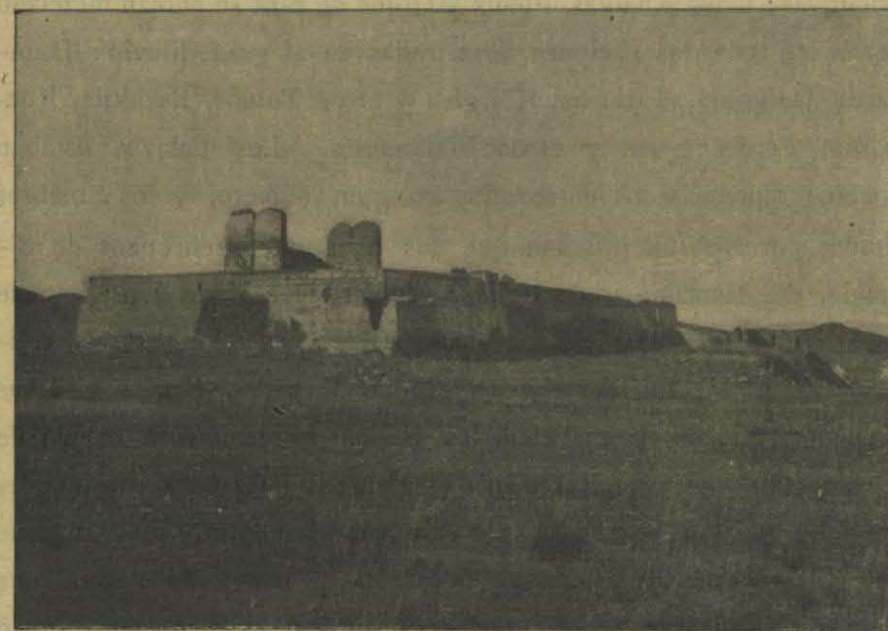
la Rusia con sus anejos siberiano ó turquestánico. A la Mongolia y á las llanuras interminables del norte siberiano se habían añadido, al Este la China y una parte de la península indo-china; al Oeste, el Turkestán y la Eslavia, en tanto que al Sud, Hulagu se había apoderado de Bagdad en 1258, había dado en feudo los Turcos seldjucidas de Asia Menor y conquistado la Irania hasta el Indo. Ya Djenghis-khan moribundo hablaba á sus sucesores de la inmensidad de su imperio, tan extenso que «para ir desde el centro á uno de sus extremos se necesitaba cabalgar lo menos un año». Sin embargo, al Oeste, las conquistas mongolas se detuvieron ante el mar, excepto en el golfo de Okhotzk, donde los jinetes esperaban el invierno para ir sobre el hielo á atacar á los pescadores goldes y mandchues. Las grandes expediciones navales de Kublai-khan no tuvieron éxito en sus tentativas contra el Japón y contra Java.

La unidad política del imperio mongol duró cerca de medio

siglo, de tal modo el orgullo de la dominación había unido sólidamente á los vencedores y tanto había subyugado á los vencidos el espanto de la muerte. En tanto que el centro del poder se mantuvo en esta Tierra de las Hierbas, desde donde se había propagado el movimiento, el funcionamiento del prodigioso organismo se hizo en provecho del absolutismo unitario. Ya las crónicas chinas del siglo VIII mencionan un campo de la alta cuenca del Salenga, Holin ó Khorin, cuyo nombre turco originario parece haber sido Karakuran ó el «campamento negro»: es la capital conocida con el nombre de Karakorum; el emperador mongol Ogotai la escogió en 1234, hizo converger á ella las nuevas expediciones de todos los puntos del mundo y allí recibió los embajadores de los reyes suplicantes ó aliados. Por lo demás, como simple parada imperial en medio de la estepa, Karakorum no representaba ninguna utilización del suelo, ninguna industria para la exportación de objetos preciosos: no servía más que para el albergue de los grandes funcionarios y proveedores necesarios al suministro suntuoso de la mesa y de la casa imperiales. Según el monje Rubruk, la «ciudad vale menos que el pueblecillo de Saint-Denis». Verdad es que en la llanura, fuera del recinto, se celebraban mercados chinos y musulmanes, frecuentemente animados por una población flotante. La existencia de una ciudad en la soledad herbosa concuerda tan poco con las costumbres nómadas, que las ruinas de Karakorum permanecieron mucho tiempo ignoradas de los viajeros. Se conocen actualmente gracias á Paderin y á Yadrintzev, y se han recogido con cuidado las inscripciones de sus murallas, descifradas por los primeros exploradores, á los cuales se han unido Heikel, Thomsen y Radlov. Esas inscripciones, que en un principio se consideraban como «rúnicas», están redactadas en turco y apenas mezcladas con algunas palabras chinas que reproducen los títulos de los dignatarios; mas, por un extraño cruzamiento de las civilizaciones, la escritura empleada por los grabadores se refiere al sistema del alfabeto arameo. Los Nestorianos habían aportado esas letras sirias, que Turcos y Mongoles utilizaron faltos de escritura propia: así se mezclaban y batían las diversas civilizaciones del Asia.

El «campamento negro» no permaneció mucho tiempo siendo

la capital única de un reino que se extendía sobre más de 10,000 kilómetros de Este á Oeste. En los veinte años siguientes á la muerte de Djenghis, sus hijos y su familia se hicieron independientes de hecho del emperador y escogieron en los contornos del imperio residencias apropiadas á su territorio. Hulagu, el conquistador del Asia anterior, se fijó en Maragha <sup>1</sup>, cerca del lago de Urmiah, en el



De una fotografía de M. A. Ular.

RUINAS DE KARAKORUM

corazón de la antigua Azerbeidjan y, aceptando la influencia del astrónomo Nasr Edin, hizo de esta ciudad un centro de estudios de primer orden. Después de la toma de Bagdad en 1259, se construyó allí un observatorio, se formó una biblioteca, fueron llamados astrónomos y otros sabios de todas partes y afluyeron los alumnos; dícese que el equipo escolar comprendía globos celestes y esferas terrestres con indicación de las regiones habitadas. Maragha y su vecina Tabriz reemplazaron también á Bagdad en su carácter comercial y Trebizonda llegó á ser el gran puerto del Oriente mediterráneo <sup>2</sup>. Por terrible que fuera en el campo de batalla, Hulagu era perfectamente tolerante en materia religiosa, por cuyo motivo los frailes

<sup>1</sup> Véase para Maragha el mapa n.º 53, t. I.

<sup>2</sup> R. Beazley, *Medieval Trade and Trade Routes*.

no dejaron de afirmar que había abrazado la verdadera fe. Además se casó con una cristiana, y la tumba de ambos esposos existe todavía cerca de Maragha.

Por otra parte los Mongoles, después de cincuenta años de guerras exteriores, habían cesado de ser Mongoles, aunque guardando el orgullo nacional y el prestigio de sus infalibles victorias. El grueso de los ejércitos no se componía ya de hombres de las poblaciones primitivas: á los Khalkas, Eleuts y Ordos de raza se habían mezclado gentes de todas las naciones, arrastradas en el gran diluvio: Dsungares, Ouigours, Tártaros, Khirghiz y otros Turcos, Bachkirs, Koumanes, Petchenegues y otros Finlandeses. Los Eslavos estaban también representados entre ellos en gran número, y los nombres citados por Rubruk prueban que los aventureros europeos de Bizancio, de Alemania y de Italia se habían apresurado á presentarse en multitud á ofrecer sus servicios á los destructores de la cristiandad. El espíritu del ejército cambió al mismo tiempo que sus elementos étnicos, y los soldados habían gradualmente cesado de ser aquellos guerreros libres que elegían sus jefes para ser simples bandidos guiados solamente por el cebo del botín. Por su parte los «Señores de los señores», siguiendo la pendiente natural que lleva á los hombres hacia el poder, no querían ya reconocerse como elegidos de su pueblo y preferían considerarse como dueños absolutos por la voluntad de Dios, que se confundía con su propia voluntad: todos sus decretos eran dictados «por el poder del cielo inmutable». La muerte les hacía dioses; sin embargo, bajo ciertos aspectos se les consideraba como habiendo sido hombres, puesto que se les daba compañeros para seguirles en el otro mundo; se sacrificaban alrededor del cuerpo los caballos que había montado; se degollaban también cuarenta doncellas para formar su harem de ultratumba, y se mataban todos los hombres que hallaba á su paso la procesión mortuoria para servir de escolta. Dícese que veinte mil hombres fueron así favorecidos por el destino que hizo de ellos los guardias del cuerpo del invencible Djenghis. Según las relaciones populares, en el espacio de una noche brotó un bosque para ocultar á ojos profanos el sitio misterioso donde fué depositado el gran antepasado de los khan.

Habiendo llegado á ser los soberanos de medio mundo, los emperadores mongoles habían de recibir los homenajes de sus adversarios, los reyes cristianos, á quienes hacían temblar en sus tronos. En 1245, quince años después de Liegnitz, el papa envió á Tartaria primeramente un monje, Ascelino, quien, según parece, tuvo tan poco acierto en sus tentativas de conversión, que el khan concibió el propósito de hacerle desollar vivo, de lo que desistió después, dejándole volver sano y salvo con encargo de que dijera al papa: «Nos no sabemos lo que tu enviado nos ha dicho; si tienes empeño en hacernos comprender el sentido de tus palabras, ven tú mismo». El año siguiente, otro legado, Plan-Carpin, se dirigió hacia el país de los Tártaros, «hijos del infierno», y se presentó ante Kuyuk-khan, después de un viaje de dieciséis meses, pero no aportó de su estancia en «el otro mundo» más que la relación de milagros divinos y de prodigios diabólicos, mezclada con alguna impresión fugitiva de las comarcas recorridas. Se cita también la expedición de un Andrés de Longjumel en 1248.

El rey Luis IX eligió en 1253 un embajador no menos piadoso pero de espíritu más abierto, el monje Rubruk, Ruysbroek, Rubriquis, de las inmediaciones de Valenciennes. Como sus predecesores, el enviado de la Europa cristiana tuvo que renunciar á convertir el Gran khan, y con él á su pueblo; hasta le fué preciso comenzar por una especie de apostasía, prosternándose ante el soberano de los Mongoles como ante un dios. No obstante, salió del apuro como convenía á un sacerdote, aun antes del nacimiento de los Jesuítas, haciendo servir mentalmente este acto de adoración á un fin cristiano é invocando su Padre Eterno para la conversión de Mangukhan. El buen monje tenía muchos otros casos de conciencia que resolver, puesto que le parecía ver cristianos entre los idólatras que le rodeaban: sus sacerdotes practicaban el celibato, se tonsuraban y llevaban mitra, casulla y rosarios, todos prácticos y objetos idénticos á los que le eran familiares; pero, junto á esas apariencias de la verdadera fe, ¡cuántas ceremonias abominables, ciertamente inspiradas por el demonio! ¿No era ya cosa odiosa por excelencia la tolerancia universal que los mismos khan extendían sobre los cultos de toda especie, chamanismo y budhismo, islamismo y nestorianismo?

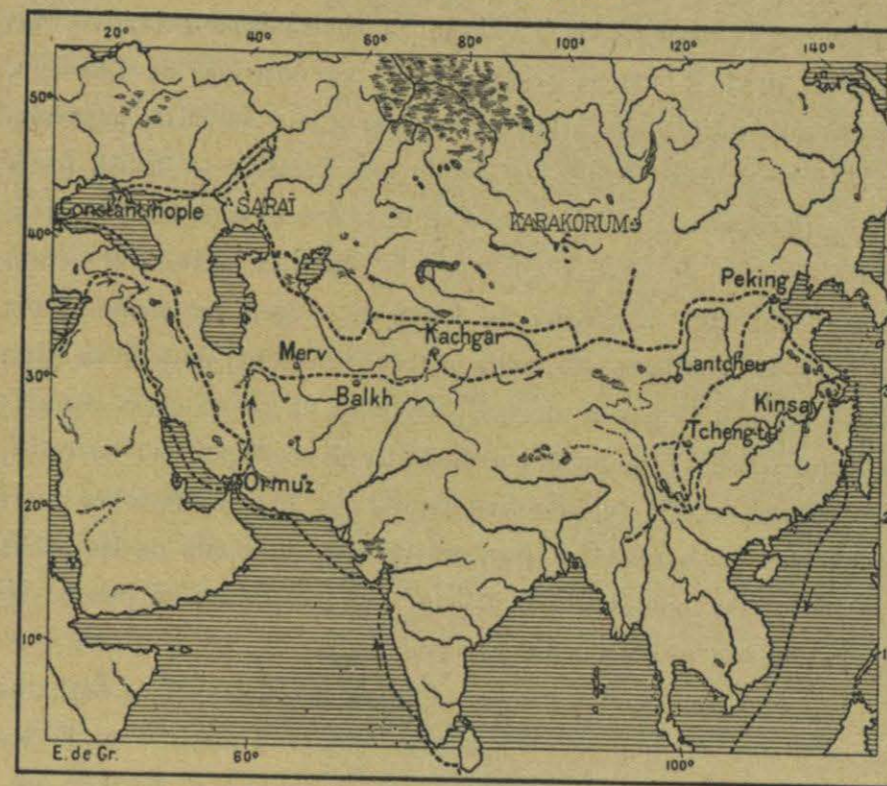
El hombre de la Edad Media cristiana, penetrado de la enseñanza formal de la Iglesia: *Compelle intrare!* «Obligadlos á entrar», no comprendía la tranquila indiferencia de los khan respecto de lo que le parecía ser el objeto mismo de la existencia; aquello era para él «la abominación de la desolación», tan cierto es que la moral de ayer se convierte en la inmoralidad de hoy; no admitía más que la persecución en nombre de la unidad religiosa, mientras que en la actualidad se busca esa misma unidad de las almas en la libre discusión y en la investigación libre de la verdad científica. Mangu-khan comprendía la unidad desde un punto de vista más personal. Cuando despidió á Rubruk, le encargó para su amo este sencillo mensaje: «El orden del Dios Eterno consiste en esto: Un Dios, un Rey». ¿No era el mismo el sueño de Luis XIV y de tantos otros?

Satisfechos de esa tolerancia religiosa que tanto escandalizaba al monje Rubruk, los comerciantes extranjeros se dirigían presurosos á la corte del Gran khan para ejercer en ella su industria ó cambiar sus mercancías. Eslavos y Germanos, Italianos y Franceses se ingeniaban para hacer allí fortuna. Un jardinero, Guillermo, distinguíase por su talentos de organizador de las fiestas; pero la colmena de los trabajadores estaba principalmente llena de Chinos, y, en la historia de la geografía, el valor de Rubruk consiste ante todo en los informes que transmitió á Europa sobre las maravillas del trabajo que se realizaban en China: él fué el primero que estableció relaciones directas entre el Extremo Oriente y el Extremo Occidente.

Sin embargo, sus narraciones no conmovieron tan profundamente Europa como, hacia el fin del siglo, las del *messer Millone*, el viajero comerciante, que fué así denominado por sus compatriotas venecianos á causa de los millones que había visto correr por las manos de Kublai-khan, de sus ministros y de sus proveedores. Convertido él mismo en personaje de la corte, quizá gobernador de provincia y enviado confidencial del emperador, Marco Polo tuvo todas las ocasiones favorables para conocer, durante su residencia de cerca de veinte años, 1275-1294, el país de adopción que había recorrido en todos sentidos. Su libro, que dictó después en una cárcel de

Génova á uno de sus compañeros, Rusticiano di Pisa, y que se publicó en francés, la lengua popular que en aquella época pareció más clara y más culta, fué para sus contemporáneos como la revelación de un mundo nuevo, y las miradas de los Occidentales se fijaron en aquel imperio del Sol levante, el país del jade, de la seda,

N.º 353. Viajes de Marco Polo.



1: 75 000 000

0 1000 2000 4000 Kil.

El itinerario que pasa al norte del mar Caspio es el que siguieron los dos hermanos Poli, Maffeo y Nicolo, en su primer viaje á Extremo Oriente (1260-1269). En 1271 emprendieron nuevo viaje con Marco, hijo de Nicolo; pasaron á la ida por la Armenia, el golfo Pérsico y el Pamir, y volvieron por mar veinticinco años después. Este último viaje duró dos años.

de los esmaltes, de las porcelanas y de las lacas. Cuando Vasco de Gama dobló el cabo de las Tormentas, cuando Colón bogó fuera del estuario de Palos, veían de lejos el reino de Kathay y la isla misteriosa de Zipango. El Nuevo Mundo hubiera indudablemente tardado más en unirse al conjunto del planeta, si Marco Polo, caminando de Occidente á Oriente, no hubiera hecho un signo á Colón